

EL PROYECTO ETERNO DE DIOS:  
REUNIR, FORJAR Y MOLDEAR UN PUEBLO SANTO PARA DELEITE DE DIOS  
Stanley Makhosi Bhebhe, Ph.D. – Africa Nazarene University

*Un mundo diferente*

En la época en que empecé a pensar en este documento, el mundo era muy diferente al actual. La evolución de este texto se ha visto condicionada por numerosos y silenciosos acontecimientos trascendentales que me han llevado reflexionar y cavilar acerca de temas como el liderazgo, la fe personal, la ciudadanía global, la identidad y la pertenencia. La «estructura de verosimilitud» que durante la mayor parte de mi vida ha afianzado el espíritu de mi misión y propósito se ha venido abajo en los últimos dieciocho meses, más o menos.

Me gustaría proponer cuatro afirmaciones axiomáticas plausibles que pretenden reparar y restablecer una nueva «estructura de verosimilitud» para contribuir a dar sentido y mantener el enfoque en el propósito y la misión. En mi opinión, estas afirmaciones axiomáticas articulan una narrativa coherente y convincente respecto al singular enfoque de Dios, en concreto, la reunión, la aculturación y los cuidados de un pueblo santo para su deleite. Jamás ha sido tan necesario como ahora que nos centremos en la misión y en el propósito.

En primer lugar, la historia bíblica es, en esencia, una narración del proyecto eterno de Dios de crear una comunidad para su deleite. A mi juicio, esto es coherente con el relato de la creación que describe cómo se incorpora al ser humano en el orden de la creación. Observamos que el ser humano se incorpora a ese orden de una manera distinta a como lo hace el resto de la creación y, también, que el ser humano es único en carácter y propósito. Dios no nos deja ninguna duda de por qué crea al ser humano. Mientras que toda la creación de Dios es estéticamente agradable para él, únicamente los seres humanos son agradables para Dios desde el punto de vista relacional. Los seres humanos fueron creados para el propósito expreso de su

propio deleite. Este propósito creativo manifestado en el momento de la creación se repite en las palabras de Isaías 43:7; Efesios 2:1-11; Apocalipsis 4:11 y 1 Pedro 2:9-10.

En segundo lugar, el proyecto eterno de Dios de reunir a un pueblo santo para su deleite se origina o emana de la esencia comunitaria de la Deidad y termina con la gran reunión de la santa comunidad de los redimidos en ese extraordinario reencuentro que dará paso a la nueva era de comunión eterna con Dios. Es esto lo que define a la comunidad de la Iglesia como un pueblo peregrino, no solo por encontrarse en un viaje, sino también por su transformación como comunidad. «Dios no está meramente salvando a algunos individuos y preparándoles para el Cielo, sino creando a un pueblo para su nombre en el que Dios puede habitar, y que en su vida colectiva reproduce la vida y carácter de Dios».<sup>1</sup>

En tercer lugar, el período liminal, es decir, el período comprendido entre el pensamiento y los procesos creativos del Dios trino y la reunión eterna de los redimidos al final de los tiempos alrededor del trono es, esencialmente, una etapa de reunión, formación y aculturación de su pueblo redimido para formar la comunidad de un pueblo santo. Esta es la esencia de lo que yo llamo el proyecto eterno de Dios: la creación de una comunidad santa para el máximo deleite de Dios.

Aunque esta labor de reunir, forjar y moldear a sus redimidos para esa reunión eterna pertenece ante todo al propio Dios que está plenamente dedicado a ella, por su gracia ha incorporado a sus redimidos a la ejecución de este cometido. La responsabilidad de participar con él en el ministerio de la reconciliación es uno de los mandatos que Dios impone claramente a la comunidad de los redimidos (2 Co 5:17-19). Gerald Bray sostiene que: «Para la Iglesia

---

<sup>1</sup> Gordon D. Fee: *Paul, the Spirit, and the People of God*; Hendrickson, (1996)

primitiva, la obra más notable del Espíritu Santo en la construcción de la comunidad cristiana fue, sin duda, que se le considerase como el artífice de la desaparición de las barreras entre judíos y gentiles, convirtiéndolos a ambos en un solo cuerpo de Cristo. Desde el principio, los cristianos fueron conscientes de que constituían una nueva sociedad, una comunidad que estaba en el mundo pero que no era de este. Creían que eran una nación santa, un pueblo especial, los elegidos de Dios. La responsabilidad del individuo era ajustarse a este patrón, para ser considerado como digno representante del grupo. La santidad no era solo un indicio de que se apartaban del mundo; era también la marca de pertenencia a la nueva comunidad que el Espíritu Santo estaba forjando».<sup>2</sup>

Según Graham Heslop:

La vida cristiana no solo está incompleta sin la comunidad de una iglesia local, sino que también carece peligrosamente de la obligación de rendir cuentas y de la amorosa corrección. Además, es bueno que nos unamos a aquellos que son diferentes a nosotros y desafíemos nuestros prejuicios y preferencias personales (Efesios 2:19-21).<sup>3</sup>

Al nombrarnos embajadores suyos, Dios no solo nos invita a ser agentes activos en su misión, sino que también nos confiere dones espirituales esenciales y sumamente necesarios para la edificación de la comunidad de los redimidos, a fin de fortalecerla y prepararla para que sea eficaz y digna de su vocación. «Que el ministerio especial del Espíritu desde Pentecostés es mediar la presencia activa de Cristo queda claro en el Nuevo Testamento»<sup>4</sup> (Juan 14:18-21; 15:26; 16:14-15, Gálatas 5:25).

---

<sup>2</sup> Gerald Bray, “The Spirit and Community: A Historical Perspective,” Bible.org (Dec. 2005) accessible online (accessed 9/14/2021) at <https://bible.org/seriespage/3-spirit-and-community-historical-perspective>

<sup>3</sup> Graham Heslop, “Must Christians Go To Church?” The Gospel Coalition, Africa Edition (July 16, 2019), accessible online (accessed 9/14/2021) at <https://africa.thegospelcoalition.org/article/can-christian-not-churchgoer/>

<sup>4</sup> J.I Packer; *Keep in Step with the Spirit: Finding Fullness in Our Walk with God* (Grand Rapids, Revell, 1984, 2005).

En cuarto lugar, la llamada y el mandato solemnes a participar en la *Koinonía* de la *Ekklesia*; emana del corazón del Dios que está en comunidad consigo mismo, y que encuentra gran placer en la comunión con la comunidad de aquellos que él ha redimido y que forman parte de la fraternidad comunitaria. Esta llamada a participar en la comunidad de «un pueblo santo» es ante todo una invitación a la comunión con Dios y con su pueblo. En el Antiguo Testamento, esta relación profunda con el pueblo santo se basaba en el pacto entre Jehová e Israel y se regulaba mediante una estructura ritual cuyo centro era el templo, a través de la cual la comunidad se reafirmaba constantemente. Mahohoma ha señalado lo siguiente:

El hecho más vinculante entre los judíos era el pacto con Jehová. [...] Dicho de otro modo, el pacto con Jehová era la base de la comunidad en el Antiguo Testamento. Este unía a las personas en un movimiento único respecto a Dios y a los demás. [...] Dios hizo un pacto con un pueblo y no con un individuo. Por ello, las personas estaban unidas en un pacto porque pertenecían a una comunidad de pacto. El Señor no estableció pactos individuales con las personas para fines personales. En resumen, la comunidad en el Antiguo Testamento era una unidad fundamentada en la relación plena del pueblo con Jehová.<sup>5</sup>

En el contexto del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo es, sin lugar a duda, fundamental para entender el carácter y la naturaleza de la Iglesia como pueblo santo.

Con la llegada de la nueva era del Espíritu, Dios quiere crear un nuevo pueblo para sí mismo. Este nuevo pueblo será una comunidad del Espíritu. Aunque somos salvos de forma individual, también lo somos dentro de un cuerpo de creyentes cuya unidad se basa en la fe en Cristo y en la experiencia común de ser «sellados» o «bautizados» por el Espíritu.<sup>6</sup>

Asimismo, Fee explica: «Dios no está meramente salvando a algunos individuos y preparándoles para el Cielo, sino creando a un pueblo para su nombre en el que Dios puede habitar, y que en su vida colectiva reproduce la vida y carácter de Dios».<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Takesure Mahohoma, "African Religious Spirituality and Inculturation," *Scriptura*; vol. 117, no. 1(2018) 1-15; available online (accessed 9/14/2021) at <http://www.scielo.org.za/pdf/scriptur/v117/15.pdf>

<sup>6</sup> Packer, 1984.

<sup>7</sup> Fee, 1996.

*El imperativo de la comunidad cristiana*

Podemos, por tanto, afirmar que la característica permanente y esencial de la Iglesia es que, por diseño, propósito e identidad, es una comunidad. Según Kilama:

A lo largo de la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, vemos que Dios creó a los seres humanos para que se relacionaran y vivieran en comunidad. En Génesis 1–2 leemos que Dios, como comunidad de la Trinidad, creó al ser humano para que viva en comunión con él y con sus semejantes. Esta relación se rompió tras la caída (Génesis 3), pero no tuvimos que esperar mucho para recibir la respuesta misericordiosa de Dios. En Génesis 12 vemos que, a través de Abraham, se inició la relación y se prometió una nueva comunidad. [...] Cristo redime a la humanidad para la comunidad. En los Evangelios, Cristo viene a redimir a la humanidad para la comunidad. Él restaura nuestra relación con Dios y, en el proceso, restaura la relación de unos con otros (Efesios 2:11-22). Cristo se identifica con sus discípulos mientras vive con ellos en comunidad.<sup>8</sup>

Para entender la esencia de la naturaleza comunitaria de la Iglesia cristiana es importante que evaluemos nuestra comprensión de la visión bíblica del pecado. A menudo, por el afán de aclarar el mensaje del Evangelio, se ha desarrollado una tradición que implica que el pecado no es más que un problema del alma individual. Desde esta perspectiva, la conversión o el cambio de conciencia se presenta como una transacción espiritual que se produce en el corazón y que rescata el alma de las garras del pecado y de la condenación eterna. Este tipo de conversión crea un nuevo individuo. En el contexto africano, esto ha supuesto a menudo la creación de algo distinto de lo africano. Según el misionólogo David Bosch:

En esta época, la misión se consideraba estrictamente como la proclamación de la conversión individual. El desierto que había que domesticar ya no se encontraba en el mundo físico y social, sino que estaba en el corazón del hombre. [...] La experiencia personal de la verdad enseñada por las Escrituras cobró importancia. Cabe señalar que el movimiento evangélico que surgió del Gran Avivamiento y se extendió a Inglaterra, Escocia y Gales bajo la influencia de John Wesley y sus colaboradores prestó poca atención a las cuestiones políticas.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Dennis Kilama, “Christians in Community: Redeeming the Concept of Ubuntu,” The Gospel Coalition, Africa Edition, (September 2019) available online (accessed 9/14/2021) at <https://africa.thegospelcoalition.org/article/redeeming-ubuntu/#:~:text=Ubuntu%20affirms%20that%20being%20with,be%20conformed%20to%20biblical%20truth>

<sup>9</sup> David Bosch, *Witness to the World* (London, Marshall Morgan and Scott, 1980).

Se puede afirmar que esta domesticación del pecado en el alma ha sido decisiva para dar forma a una espiritualidad cristiana individualista. Esto, a su vez, privó a los creyentes, especialmente en el contexto africano, de un ingrediente esencial del dinamismo espiritual, como es la comunidad. De hecho, como han opinado Durkheim y, en una línea similar, tanto Troeltsch como Bastide, es en comunidad donde tiene lugar la creatividad espiritual o religiosa; donde los cristianos pueden crear y, a través de la confesión en común, recrear una espiritualidad cristiana dinámica acorde con el proyecto eterno de Dios de modificar el orden actual. La exigencia de un compromiso personal para participar en esta comunión con Dios y con su santa comunidad de creyentes no es una apelación al individualismo, sino una llamada a la confesión y a la entrega de los que quieren ser miembros de la santa comunidad.

Si bien desde un contexto bíblico el pecado es tanto la propensión a rebelarse contra Dios como la desobediencia voluntaria a Dios, lo cierto es que se trata fundamentalmente de relaciones alteradas y de alienación. Lo único que Dios califica como no bueno en el tejido de su creación es la soledad de Adán (Génesis 2:18). Con la aparición del pecado en Génesis 3, lo que Dios había declarado como ordenado, armonioso y bello acaba siendo un completo caos. Se interrumpe la relación entre Dios y la primera pareja que había situado en el huerto, y la relación de la pareja cambia, lo que antes era «hueso de mis huesos y carne de mi carne» es ahora «la mujer que me diste por compañera». El alcance de la enemistad y de la ruptura de relaciones trasciende el vínculo de Dios con los seres humanos y de los seres humanos entre sí: la creación en su totalidad se vio sumida en el caos a causa del pecado (Génesis 3; Romanos 8:19-25). «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

Es en la visión contextual del pecado como corrupción maligna del orden de la creación y los vínculos perfectos y maravillosos de Dios donde debemos apreciar cuán esencial es la comunidad para que el pueblo santo pueda ser un testigo eficaz para el mundo. El cristiano, en su camino hacia la «Ciudad Celestial», necesitará la compañía de la comunidad confesional a efectos de identidad, afirmación y pertenencia. Un refrán africano afirma que el viaje se hace más fácil en compañía de otros.

También podemos suponer que la comunidad debe estar en el centro de la vida, la identidad y el testimonio de «un pueblo santo», porque el desarrollo y el crecimiento espiritual del creyente están diseñados para realizarse en el contexto de la comunidad. Precisamente en este contexto aprendemos en qué consiste amar al prójimo, cuidar de las viudas y desarrollar el fruto del espíritu. Más que cualquier otra cosa, vivir en comunidad es un compromiso confesional (Hechos 2:42; 1 Juan 1). Está comprobado que el poder testimonial de vivir en comunidad de forma confesional ha sido uno de los elementos clave del avivamiento de África Oriental, uno de los movimientos cristianos de avivamiento más perdurables. Partiendo de los relatos de John V. Taylor en *The Growth of the Church in Buganda* [El crecimiento de la Iglesia en Buganda] y de otros escritos, Daewon Moon nos dice:

La primera manifestación de un avivamiento a gran escala se produjo en Gahini en diciembre de 1933, mediante la confesión pública de los pecados ocultos del personal del hospital (30). A medida que se afianzaba, los primeros indicios del avivamiento seguían dándose en la confesión pública de los pecados ocultos (31). Esto fomentó un mayor nivel de santidad de vida entre sus seguidores, y las vidas cambiadas gracias a la fraternidad del avivamiento se convirtieron en el atractivo más evidente para otras personas en las aldeas. Tras arrepentirse y confesar sus pecados, se les instruía para que vivieran una vida completamente nueva para complacer a Cristo. Por ejemplo, se solía enseñar que aquellos que se arrepentían debían compensar lo que hubieran estafado o robado a otros (32).<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Daewon Moon, s.v. “John Edward Church (1899-1989), Prominent leader of the East African Revival,” BU School of Theology History of Missiology, *Digital Biographies*, available online (accessed 9/14/20221) at <https://www.bu.edu/missiology/missionary-biography/c-d/church-john-edward-1899->



prive a una persona de su dignidad y debe identificarse con los más débiles de la sociedad. El Espíritu guía a la Iglesia para que se centre en Cristo, para que aprecie y practique los valores de Cristo en la sociedad. De hecho, la tarea de enfrentarse al mal que impera en la sociedad es difícil. El mal, en cualquiera de sus formas, intenta aplastar las fuerzas del bien, pero la Iglesia no debe preocuparse pues el Consejero (el Espíritu) está con ella. El Espíritu dota a la Iglesia de la fuerza interna para ser el testimonio vivo de Cristo en esta sociedad.<sup>11</sup>

Al mismo tiempo, debemos ser muy claros al afirmar que un pueblo santo solo puede ser testimonio verdadero para el mundo si permanece en la vida y atento a las indicaciones del Espíritu Santo.

Sin Cristo, la santidad tiene el encanto de una uña encarnada. Si la santidad no se basa, ante todo, en el conocimiento de Cristo, se tratará de una moral y una religiosidad de elaboración propia. Esta autodependencia forzada es lo opuesto a lo que agrada a Dios o a lo realmente hermoso; no hay nada más santo que un deleite sincero en Cristo, nada es más poderoso para transformar la vida.<sup>12</sup>

Entonces, ¿qué debemos decir ante esto? En este caso, la cuestión esencial es no perderse en la óptica y las formas en las que se expresa un principio bíblico en un contexto y en una ocasión concretos. La cuestión que hay que sopesar en el contexto de esta comunidad radical descrita en Hechos 2:42 y en el avivamiento de África Oriental es el principio de que el pueblo santo de Dios debe vivir en compañerismo con el prójimo, mediante relaciones redentoras, bajo la tutela del Dios peregrino que los conduce de manera redentora mediante el Espíritu Santo, hacia una restauración gloriosa en la que volverán a vivir «desnudos y sin vergüenza». Es inevitable preguntarse si el «retrato» del pueblo santo que se nos ofrece en Hechos 2:42, y que se afirma en otras muchas referencias del Nuevo Testamento, es una equivocación o es el modelo real de un pueblo santo, que en nuestra época hemos vaciado de contenido y de sentido. Yo afirmaré que,

---

<sup>11</sup> Reginald Alva, SVD, “The Role of the Spirit in the Mission of the Church in the Light of the Teachings of Dominum et Vivificantem,” *Journal of the Nanzan Academic Society Humanities and Natural Sciences* (9), 135—147, January 2015 available online (accessed 9/14/2021) at <https://core.ac.uk/download/pdf/236155412.pdf>

<sup>12</sup> Derek Burnside, “Keeping in Step with the Spirit,” ([derek.burnside@capernwray.org.uk](mailto:derek.burnside@capernwray.org.uk))

dentro del contexto del «proyecto eterno» de Dios, lo que vemos en Hechos 2:42 es, sin duda, — y cito a John Wesley—, el «retrato vivo» de Jesús y, por supuesto, lo que seremos cuando nos reunamos eternamente con él. Lo que resulta relevante, pues, es cómo nosotros, como nazarenos, vivimos y somos ejemplo de esta comunidad santa, no en episodios radicales, sino en testimonio perpetuo de un Dios santo, en desafío a las potestades y principados de este mundo, y en obediencia radical a los impulsos del Espíritu Santo, tal como se menciona en 1 Pedro 2:9-10.

